

SANTA CATALINA DE LOS BUENOS DECIRES



Son confusos los datos recopilados por los arqueólogos europeos sobre el descubrimiento de una particular ciudadela que existiera en la antigüedad, ubicada en el estratégico paso de los Carcamelos, al este de Asia Menor, y que sufriera sucesivas invasiones que la destruyeron. De los desastres acontecidos sólo se pudieron rescatar treinta tablillas donde, en indescifrables jeroglíficos, se cuenta la historia de lo que allí aconteciera, de las causas de su desaparición y de la particularidad que la destacara: el gusto apasionado que sus habitantes tenían por su lengua de origen y por todas las conocidas hasta entonces.

En Santa Catalina, que tal era su nombre, se hablaba el catalinés. La carta de ciudadanía sólo era obtenida por aquellos extranjeros que pudieran dominar esta lengua a la perfección. Su alfabeto constaba de diez vocales y cuarenta consonantes, amén de las dobles, cuyos sonidos nos son desconocidos en la actualidad. Los verbos eran todos polirrizos, en modos y tiempos inimaginables, sobre todo el dificultoso pretérito imposible primero, segundo y tercero. Los sustantivos y adjetivos declinaban de diez maneras diferentes e irregulares en masculino, femenino, neutro e indeciso, con su respectivo singular, plural y colectivo.

En el calendario ciudadano existía la Sagrada Semana de las Letras. Esta celebración conmemoraba la famosa cruzada realizada por los valerosos ciudadanos que partieron al rescate de los trescientos volúmenes de la gramática catalineana, robada por violentos bárbaros, que no tenían lengua y sólo emitían sonidos onomatopéyicos. En estos días de festejos, los niños recitaban poesías en latín y en griego, los jóvenes participaban en concursos de crucigramas, anagramas y silogismos y los ancianos ejercitaban el arte de la oratoria.

La ciudad poseía una de las bibliotecas más brillantes y completas de la antigüedad, ubicada en la Abadía de los Monjes Papelenses. En ella se

hallaba el Corpus Aristótelico entero analizado semántica, sintáctica y morfológicamente.

Mas el destino esquivo no quiso que tamaña y apabullante cantidad de saber llegara a nuestros días sedientos de cultura. Un loco, énjajenado ante la imposibilidad de dominar el catalinés para obtener su carta de ciudadanía, quiso de todas maneras ser parte de la historia de este pueblo y una noche aciaga prendió fuego a la abadía e incendió monjes papelenses y papeles incluidos. Éste fue tal vez el comienzo de la decadencia. Tres semanas guardaron luto sus habitantes por esta desgracia que presagiaba el fin del Siglo de Oro de las Letras.

Una mañana los catalinenses se levantaron con la mirada desorbitada, la lengua trabada, la garganta reseca; habían olvidado su lengua. Surgió el caos y la incomunicación y se lanzaron desesperados por las calles hablando cada uno un idioma distinto. El catalinés que tanto trabajo había costado aprender se iba perdiendo en el tiempo y en la memoria. Ya no había biblioteca ni maestro que pudiera ayudar a los confundidos ciudadanos.

Sobrevinieron años de pobreza, de sometimiento y de invasiones provenientes de comarcas circundantes, hasta que finalmente la ciudad fue saqueada por pueblos que nunca habían hablado el catalinés.

Una leyenda es el único vestigio de aquella civilización. Según esa leyenda, un mendigo harapiento con quemaduras en el cuerpo vagaba por las calles desiertas repitiendo como una letanía la única frase que había podido aprender en catalinés: «Hablad bien caramba, hablad bien, que hablar bien no cuesta un ápice y trae un beneficio de la Santa Catalina».

Valeria Papadópolos
3er. Año Letras.